



QUERIDOS HERMANOS,

Celebramos un año más la Semana Santa, la gran obra de nuestra salvación. Y en esta ocasión lo hacemos interpelados particularmente por la situación actual del mundo, que, en palabras del concilio Vaticano II, se nos muestra al mismo tiempo poderoso y débil, capaz de realizar lo mejor y lo peor, de convertir las grandes fuerzas de que dispone en instrumentos de ayuda o de opresión, de fraternidad o de odio (GS 9).

Nuestra conciencia se interroga ante los desequilibrios que sufre nuestra sociedad, manifiestos del modo peor en las guerras que se multiplican en estos momentos. Pero estos desequilibrios no son sólo externos, están relacionados con aquel otro desequilibrio más fundamental que tiene sus raíces en el corazón del hombre, tienen que ver con nosotros. De hecho, en lo íntimo de cada uno brota una pregunta: ¿cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que a pesar de tantos progresos continúa subsistiendo, que los unos causamos a los otros? ¿Para qué victorias logradas a tan caro precio? (GS 10).

El suceder de los acontecimientos no basta para respondernos; en cambio, hace patente a todos que, a pesar del crecimiento del poder humano y de la tecnología, no somos dioses, no estamos por encima de la ley moral, no podemos disponer del bien y del mal, de la dignidad y de la vida de los demás.

Nosotros sabemos que, en realidad, los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor sólo encuentran respuesta en Cristo; sólo a la luz de su Palabra y su compañía se esclarece el camino del hombre, su dignidad y su destino. Necesitamos de Dios, llevar el Evangelio en el corazón.

Por eso, queremos celebrar y anunciar públicamente en Semana Santa que Cristo, muerto y resucitado por todos, abre los caminos de la salvación; que Él libera a los hombres del pecado, de la división que reina en su corazón, los hace capaces de vencer la inclinación al mal, abre a todos horizontes de vida y no de muerte.

Vivamos con esta conciencia la Semana Santa de este año; para que, acompañando al Señor Jesús en su Pasión, Muerte y Resurrección, resuene en nosotros también su saludo pascual: La paz esté con vosotros (Jn 20,19.21) Como nos recuerda el Papa León XIV, esta palabra del Resucitado no es sólo un deseo, sino que dona realmente paz al corazón de quien lo acoge: “una paz desarmante, humilde y perseverante”, que viene de Dios, que ama a todos y quiere que todos se salven.

En nuestras celebraciones no nos refugiaremos en cosas y tiempos pasados, no hablaremos sólo de recuerdos del Señor Jesús. El está presente, con la fuerza de su Pasión y la vida de su Espíritu, y renueva a la Iglesia, consuela a quien se confía a Él, puede sostener y dar esperanza a un mundo cansado, herido o desorientado.

Vivamos estos días con devoción verdadera, mirando a la Cruz de Cristo, para recibir de su Corazón la gracia de confiar y obedecer siempre al designio del Padre, contra las tentaciones y los poderes de este mundo.

Permanezcamos unidos a Jesús, que nos conoce y ha muerto por cada uno de nosotros. Él nos da su paz, que resplandece en su resurrección, y nos ayuda a hacerla presente en lo grande y en lo pequeño, con escucha y apertura a la verdad, con respeto, cercanía y servicio.

El testimonio dado públicamente esta Semana Santa, con nuestras celebraciones, procesiones y actos públicos, será particularmente elocuente en estos momentos. Porque el amor a Dios y al prójimo, como lo vemos realizado en Cristo, es el primero y el mayor de los mandamientos, y cumplirlo resulta indispensable y muy urgente en este mundo nuestro cada vez más poderoso y también más frágil, menos atento a las personas (GS 24).

En estos días solemnes de oración, pidamos especialmente la intercesión de la Santísima Virgen María, Reina de la Paz, por los pueblos que sufren por las guerras, por la violencia y la injusticia.

Y que a nosotros nos consiga la gracia de caminar con fe tras los pasos de su Hijo, de ser verdaderos discípulos suyos y testigos de su Evangelio, principio de paz, de fraternidad y esperanza para el mundo entero.

+ Alfonso,
Obispo de Lugo